

Ejercicio de Reflexión N° 2

UN DÍA DE TRABAJO BUROCRÁTICO EN UNA OFICINA MUNICIPAL

Los funcionarios se dirigen apresuradamente a la entrada del edificio consistorial. Se agolpan frente al ascensor, levantando sus miradas ansiosamente, observan cómo desciende de piso en piso hasta que finalmente se abre. La caballerosidad se acaba y se lanzan hacia el interior hasta completar el cupo. La respiración es agitada, los saludos se entrecruzan.

Una vez que llegan al piso que les corresponde, salen en estampida a marcar tarjeta o a estampar el dedo en el Reloj Control. Se ubican en sus respectivos puestos. Algunos, se dirigen antes a la cocina a prepararse un café. Se hacen grupos para comentar los sucesos del día anterior. Las carcajadas se sienten en el piso por los chistes de uno de ellos. Las mujeres dejan colgadas sus carteras en el espaldar de sus sillas, toman su maquillaje y se dirigen al baño a acicalarse porque no han tenido tiempo antes. Los hombres con la taza en mano se dirigen a sus oficinas y comienzan la discusión del partido de la noche anterior. En este ir y venir, ya ha transcurrido más de media hora. Cansados de jugar a entrenadores de fútbol, terminan su tertulia y se ubican en sus respectivos escritorios.

Los funcionarios se disponen a iniciar su jornada diaria. Súbitamente, aparece el Jefe y todos cambian de color, las palpitaciones de sus corazones son más rápidas. Buenos días, dicen al unísono, a lo que el Jefe responde: ¡Buenos días! y se dirige rápidamente a su oficina. Los atrasados de siempre llegan haciéndose los disimulados, se sientan y finguen haber llegado a tiempo.

Se da inicio al movimiento diario de la oficina. Oficios y memos van, oficios y memos vienen. Los escritorios se atiborran de documentos y los vecinos comienzan a llegar en busca de una solución a sus problemas.

Son las diez de la mañana y los adictos al café y al té van al termo eléctrico a llenar nuevamente sus tazas. Algunos se dirigen al patio o a un pasillo a fumarse un cigarrillo, otros regresan al escritorio a continuar lo que estaban realizando. Los computadores, máquinas calculadoras, inician su cántico "monstruoso".

De repente, el Jefe pega un berrido llamando a alguien. La secretaria escucha el llamado y rápidamente va en busca del funcionario solicitado. Al poco rato regresa y dice: Jefe... no está, dejó dicho que se iba al banco a pagar los servicios de agua y luz. El Jefe se queda pensando un instante, refunfuña diciendo: Cuando regrese dígame que lo necesito.

Son las once de la mañana y aparece la señora que vende joyas, perfumes etc., la cual ha tenido el cuidado de entrar perfectamente camuflada para evitar que los guardias le den problemas. El que vende el loto y el kino, conocido en el edificio, tiene tanta familiaridad con todos, que no ha tenido dificultad para entrar. Los funcionarios (as) se aproximan a ver cuáles son las novedades en ropas, perfumes y joyas, para hacer las compras. La cuenta por cobrar de la agenda de la vendedora se alarga. Nuevamente se inicia el ritual del café. El vendedor de loto se retira satisfecho de haber realizado una buena venta, dejando tras de sí a unos soñadores que aspiran a no trabajar más en la Municipalidad. Los visitantes siguen llegando y la oficina parece más una plaza de mercado. Unos hablan de trabajo, otros consultan pantallas, liquidan cuentas o simplemente, conversan alegremente.

El lugar está congestionado. El Jefe se encamina en búsqueda del funcionario que llamó hace algún rato. Cuando llega al escritorio, observa la chaqueta en la silla. Posiblemente esté en alguna otra oficina o quizás, se encuentre a "kilómetros" de ella. Lo cierto es que está "evidenciando" su presencia. El Jefe regresa a su oficina. La secretaria le trae una carpeta de documentos, oficios y decretos para la firma.

El reloj marca la una y media de la tarde y los funcionarios que almuerzan en la oficina se dirigen a la cocina para calentarlo. Finalmente, son las dos de la tarde, los superiores salen a almorzar a algún restaurante, otros funcionarios se reúnen en un lugar alejado de las miradas curiosas y se disponen a comer. La mayoría prefiere el turno de las dos y media para almorzar. A esa hora, el lugar está en completa calma, muchos han salido fuera del edificio consistorial y otros reposan en sus oficinas.

A las tres de la tarde, los funcionarios regresan con caras sonrientes, se lanzan "tallas" entre ellos, el bullicio regresa. Se hace repetitiva la visita a la cocina para tomar café; los más responsables llegan directamente a trabajar. Las labores continúan. Los típicos funcionarios "sacadores de vuelta" siguen fingiendo trabajar cada vez que el jefe asoma. Alguien pasa rápidamente a entregar un informe al jefe.

El trabajo continúa pero no con el ímpetu de la mañana. La lentitud de las acciones se evidencia en algunos funcionarios, que hacen un esfuerzo para que el tiempo transcurra rápidamente. Entre dinamismo y parsimonia, se acerca la hora feliz de la partida. Comienza el desfile de mujeres hacia el baño para arreglarse para la salida. Los cajones se cierran, los documentos se guardan, se apagan los computadores, los hombres se colocan el vestón; todos listos para arrancar.

El reloj no marca aún la hora de salida y ya se aprecian algunos funcionarios corriendo hacia el tarjetero o hacia el reloj control para ubicarse en primer lugar de la fila. Otros, esperan que se cumpla el tiempo y luego abandonan el edificio dirigiéndose al paradero del Transantiago a tomar el bus que los llevará de regreso a sus hogares. Unos pocos, los más afortunados, se dirigen al estacionamiento a buscar sus autos para salir velozmente y, de esta forma, evitar los "tacos". Algunos se reúnen a la salida para ir por una "chela" o para ir a jugar un partido de baby del campeonato interdepartamental. Los menos, salen con libros y cuadernos con los ejercicios hechos durante la jornada laboral hacia la Universidad o a un Centro de Formación Técnica.

Ha llegado la oscuridad y el Jefe, para no ser mal visto, aún permanece en su oficina realizando alguna labor. Finalmente, se retira despidiéndose de los guardias nocturnos.